

visuales para las pantallas. El auge de la industria del cine contribuyó a su vez al declive del de la magia. Los teatros otrora ocupados por los prestidigitadores fueron transformados en salas de cine.

Conjuring science resulta un retrato muy convincente de las aspiraciones y ámbitos de acción de los ilusionistas franceses y, posiblemente, de otros prestidigitadores en otros contextos. Sin pretender rebajar el mérito del libro, cabe destacar que algunas voces, que habrían aportado más profundidad y complejidad al análisis de Lachapelle, se hallan ausentes. Por ejemplo, no se indaga suficientemente en la reacción del público ante la «magia científica» practicada por los «ilusionistas-doctores-profesores en física y química». Tampoco conocemos la reacción de los «verdaderos» doctores y profesores ante el uso de tales títulos para la promoción de la prestidigitación, así como su opinión respecto al rol de divulgadores científicos que reivindicaban los ilusionistas. No sabemos si la comunidad científica denunció un supuesto uso inadecuado o peligroso de la ciencia en los espectáculos de magia, tal y como sucedió con las demostraciones de hipnotismo en Francia en la misma época. Del mismo modo, se echa de menos una visión más crítica sobre el tema del entretenimiento, la conjunción magia-ciencia-consumismo y las nociones de «física divertida» o «matemáticas recreativas» que se popularizaron entonces. A pesar de que se tratan de cuestiones difíciles de indagar —acaso por la escasez de fuentes—, un análisis más afinado habría permitido profundizar en los conflictos de la relación magia-ciencia más allá de su rol en la industria del ocio. ■

Andrea Graus

orcid.org/0000-0002-9513-0048

Ruusbroec Institute

University of Antwerp

■ **Marina Saad. Cabanis, comprendre l'homme pour changer le monde.**

Paris: Classiques Garnier; 2016, 309 p. ISBN: 9782406058038. € 37.

El entorno creado por Mme. Helvétius en los salones parisinos de Auteil donde grandes personajes desde Turgot a Condorcet, Mirabeau, D'Alambert, Condillac, el propio Cabanis y los demócratas americanos Franklin y Jefferson, tuvieron ocasión de conocerse y discutir en un momento histórico clave en la historia de

Francia y del mundo moderno, constituye uno de los puntos de arranque de una monografía necesaria. Precedida por un clarificador prólogo de Jackie Pigeaud y aparecida en la colección *Histoire et philosophie des sciences* que coordinan los historiadores franceses, Bernard Joly y Vincent Julien, la autora ha tenido el acierto de condensar en el volumen, de forma ejemplar, sus propios trabajos anteriores sobre el personaje de Cabanis y toda la amplia bibliografía que sobre el citado autor y su época se ha escrito. Seis capítulos, además del introductorio, y un corolario final constituyen la estructura del volumen cuyo objetivo es estudiar, en todas sus facetas y su complejidad, la figura y la obra del filósofo, político y médico francés.

Personaje singular, Pierre-Jean-George Cabanis (1757-1808), que suele situarse entre los *ideólogos* (que la autora considera no son el epígono del pensamiento ilustrado sino el punto de partida de algo rigurosamente nuevo, y creadores de todo un programa para las nuevas generaciones), aunaba, para Saab, los ideales de progreso e igualdad de la Revolución con el pensamiento naturalista (p. 35). No se trata, solo, de decir que en Cabanis medicina y política se unen, lo que él mismo se encarga de señalar de forma explícita, sino de mostrar en detalle como un cierto ideal político, el suyo, se apoya en una doctrina médica y en una antropología muy personales. Es sobre la condición del ser humano, en tanto que ser sensible, que fundamenta su ideal democrático, ubicando y dando un papel central al ciudadano en una sociedad justa y equilibrada. Como es bien sabido, Cabanis jugó un importante papel en la política francesa del Directorio. Elegido, en 1798, diputado del Sena en el Consejo de los Quinientos, ofreció posteriormente su apoyo a Bonaparte, aunque solo fuera por un corto espacio de tiempo. Estuvo en contra de los excesos en el periodo del Terror y en la utilización de la guillotina («los asesinatos jurídicos» como él los llamaba) y fue el médico de su amigo Mirabeu y apoyo de Condorcet en los momentos más difíciles. Jugó un papel político activo e intentó poner en práctica sus convicciones presentando numerosos proyectos de reforma sobre la legislación de las prisiones, la asistencia pública, la policía médica y las escuelas de medicina y los hospitales.

Admirador de los integrantes de la Escuela de Montpellier, de Bordeu a Barthez, Cabanis elabora una concepción de la sensibilidad y una forma de vitalismo que le son propias y que le permiten construir su ideal de una sociedad armónica que debe proporcionar el bienestar entendido en términos de la salud física y la salud moral de sus ciudadanos. Afirmando la existencia de una «sensibilidad sin sensación», una de las aportaciones originales más importantes del autor, Saab considera que Cabanis transforma el análisis empirista de una ma-

nera original, sin dejar de mantenerse en el terreno de un materialismo estricto. La sensibilidad se confunde con la vida misma y en este sentido, Cabanis se muestra como heredero de Condillac, pero marca distancias con él, al abogar por un principio vital que no es la adicción de la sensibilidad de cada órgano sino una masa de energía que circula por todo el cuerpo; no es el regulador de la sensibilidad, es la sensibilidad misma. Cabanis se sitúa en el marco de la crisis epistemológica de la medicina y la búsqueda de nuevos fundamentos como de forma monográfica se estudió, entre nosotros, de forma ejemplar, hace unos años por parte de Elvira Arquiola y Luis Montiel en *La corona de las ciencias naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX* (Madrid: CSIC; 1993).

En la concepción materialista de la enfermedad de Cabanis encuentra la autora la influencia de la mecánica newtoniana. La sensibilidad sería un tipo de fluido que se reparte armónicamente por el organismo en estado de salud y el conocimiento de su dinámica, desde el punto de vista de un componente físico, permite al médico desentrañar las reglas del funcionamiento de la inteligencia y de la moralidad. El programa de Cabanis pretende elaborar un saber tan exacto como el matemático, pero en el que el objetivo no son los números sino la generación de las ideas. Y ello a través de un método que permitiera avanzar de certidumbre en certidumbre. En el conjunto de documentos contenidos en los *Rapports du physique et du moral de l'homme*, la identidad entre lo físico y lo moral, hacen de Cabanis, como es bien conocido, el pionero de la psicofisiología y desde sus supuestos conceptuales, se propone examinar, como analiza Saab, a la luz de su fisiología materialista, el conjunto de conocimientos médicos. Esta «ciencia del hombre» sano o enfermo tenía como objetivo comprender de qué manera se forman las ideas y hasta qué punto las condiciones ambientales, como el clima, influyen sobre ellas, con claras reminiscencias hipocráticas y, en su conjunto, muy cercana al pensamiento de su amigo Destutt de Tracy quien, como Cabanis, considera que su obra comienza en el punto donde la dejó Condillac.

L'excès et la manque es el título del capítulo donde la autora penetra en algunos de los fundamentos teóricos más importantes de Cabanis. La salud como equilibrio que se altera cuando hay unas sensaciones excesivas que quiebran la salud. Una faceta interesante es la importancia que concede, en la elaboración de su concepción de la etiología y desarrollo de la enfermedad, a los diferentes temperamentos, que eleva hasta seis frente a los cuatro de la medicina galénica tradicional y que se definen por sus peculiares características anatómicas y fisiológicas, como el volumen del hígado o la capacidad pulmonar. El concepto de organización a través de la cual Bordeu definía los temperamentos, es asumido

por Cabanis, quien subraya la unidad inseparable del hombre físico y el hombre moral.

En este sistema de vasos comunicantes por donde circula el fluido y se deposita en ciertos lugares, encuentra la explicación de la patología, por ejemplo, en su relato detallado de la enfermedad de Mirabeau. En él, el desequilibrio del cuerpo y de la mente son directamente atribuidos a *l'excès intellectuel* de un hombre que acaba siendo víctima de la enfermedad por haber centrado todas sus energías en la acción política a través de su participación en los eventos revolucionarios, una suerte de tributo que ha tenido que pagar por su abandono, casi total, de las actividades físicas. Esta discrasia afectaría a las fibras sensibles, estos nervios que en Mirabeau eran similares, por su fragilidad, a los que corresponderían a una mujer. Por el contrario, en el caso de los atletas, habría un predominio del sistema muscular sobre el sistema sensitivo, aunque, llevado al extremo, también podría ser causa de enfermedad.

Uno de los aspectos más interesantes del análisis de la obra del autor es la de la enfermedad como un lenguaje que el médico debe conocer e interpretar. La enfermedad se presenta ante el médico como una combinación de elementos similar a la de la escritura alfabética (p. 84) y los síntomas serían como notas musicales asemejándose a las letras del alfabeto. La combinación de estos elementos simples permitiría conocer la patología que aqueja a cada enfermo en particular.

Herederio de una tradición que hizo del dolor, de una sensación, el síntoma que revela la enfermedad [véase si no la excelente monografía de Jean Pierre Peter, *De la douleur. Observations sur les attitudes de la médecine prémoderne envers la douleur* (1993)] y apoyándose en Locke y Condillac, establece una visión nueva del signo patológico y hace del médico el intérprete del mal que sufre el paciente al establecer la relación entre síntoma y enfermedad. Defensor apasionado de la medicina práctica, tomando como ejemplo las nuevas orientaciones de los clínicos de Edimburgo y Viena, establece un paralelismo entre la enseñanza de la medicina y la de un oficio artesanal que el maestro enseña a sus aprendices. El saber teórico del médico quedaría reducido a poco si no fuera acompañado de la experiencia adquirida en la cabecera del lecho del enfermo. El saber práctico de Cabanis es interpretado por Saad como una especie de instinto perfeccionado por el hábito de la práctica que puede llegar a ser tan refinada que, con una sola observación visual, el médico podrá orientar el diagnóstico. Y un factor esencial, la empatía, cualidad que el buen médico debe desarrollar. Junto a ello, la importancia de la lesión, el recuerdo a la obra de Morgagni, constituye una necesidad para entender la estructura cerebral y los cambios que experimenta

en estado de enfermedad. Ello permite conocer mejor las características de ese «hombre interior» del que hablaba Sydenham y que recogía Boerhaave. El cerebro, lugar donde operan las sensaciones, estructura que permite que estas se transmitan y fuente de todos los movimientos vitales.

Mujer y sexualidad, sociedad y locura, medicina y política, constituyen otros tantos puntos de interés en el volumen reseñado, en los que Saad identifica elementos originales, novedosos. Por ejemplo, Cabanis establece un paralelismo entre la organización social y la salud y habla de la existencia de sociedades patógenas que transmitirían a sus miembros sus propios desequilibrios. Como ejemplo paradigmático la Francia del Antiguo Régimen, con una moral alterada, por un lado, por el lujo y la extravagancia y por otro, por la pobreza extrema. Por ello, el papel del médico tiene que ser el alertar sobre esos problemas y proponer reformas globales en profundidad desde el sistema penitenciario, a la asistencia social o a la de los hospitales. El conocimiento que el médico tiene del ser humano es indisociable de todos estos elementos del cuerpo social. La acción terapéutica requiere, pues, una reforma política y así, los médicos tienen una misión política fundamental. En los cursos que impartió en la *École de Médecine*, insistirá en estos deberes del médico recurriendo a la imagen clásica de la «corona cívica» que debería darse a aquellos galenos que fueran capaces, a la vez, de salvar a sus pacientes y a sus conciudadanos.

Un cuidado aparato crítico y una bibliografía convenientemente separada en bloques temáticos son también un valor añadido a un libro muy recomendable no solo para especialistas de este periodo histórico, sino como un excelente modelo de análisis de una obra tan compleja como la del autor francés. ■

Rosa Ballester Añón

orcid.org/ 0000-0002-7870-4185

Universidad Miguel Hernández de Elche

Jean Luis Guereña, dir. Sexualités occidentales XVIII^e-XXI^e siècles.
Tours: Presses Universitaires François Rabelais; 2014, 540 p. ISBN:
9782869063761. € 24.

El presente volumen parte de un coloquio mantenido en la Universidad François-Ravelais de Tours en febrero de 2011 bajo el título *Penser les sexualités*